

Biblioteca Ilusión

Publicación Semanal

Núm. 86

25 cénts.



El poder de los débiles

por CARL MILLER

CRAFT, William James

BIBLIOTECA ILUSIÓN

El poder de los débiles
(THE POWER OF THE WEAK, 1926)

Adaptación de una obra de

JAMES ARMONT

Novelada por

Pilar Bellido

EXCLUSIVA J. FIUS

Rambla de Cataluña, 44. - BARCELONA

J

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

París, 204 - BARCELONA

EL PODER DE LOS DÉBILES

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

Gregorio Kling . . . Carl Miller
Anselmo Benedict . . . L. Aitken
Juan Bradford . . . Jack Fowler
Mary, hija de Benedict . . . Alice Calhoun
Tina Van Cortright. . . Marguerite Clayton
Raimundo Bradford. . . Arnold Gregg

I

¡Qué espléndida naturaleza!... ¡Asperas cumbres eminentes, bosques laberínticos de árboles majestuosos, centenarios!... ¡Qué pequeño aparece el hombre ante la obra de Dios!... Y aún se empequeñeze más cuando sus pasiones rastreras, mezquinas, albergan en su corozón.

En medio de la agresta y grandiosa naturaleza de la frontera yunkee-canadiense, transcu-

ren los hechos que vamos a narrar, y que dan un contraste entre la grandiosidad de la naturaleza y la mezquindad de las pasiones humanas.

Para hacer la competencia a la antigua Compañía Maderera de Red River, dirigida por Anselmo Benedict, un hombre probo a carta cabal, se ha establecido el Consorcio Maderero de la Frontera dirigido por Gregorio Kling, que había sido, hasta esta creación, el hombre de confianza de Anselmo Benedict.

Esta nueva Sociedad está comanditada por el millonario Juan Bradford que hasta ahora había prestado su concurso económico a C.^a Maderera de Red River.

Al conocer la creación de esta nueva Compañía, Anselmo Benedict tuvo un disgusto indecible.

Se dirigió éste a las oficinas de Gregorio Kling y preguntó a un ordenanza:

—¿Está el señor Kling?

—Creo que está ocupado; pero le voy a avisar.

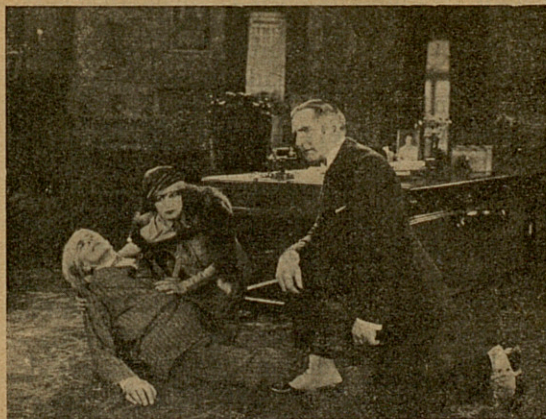
Un momento después, hallábase Anselmo Benedict en el despacho de Gregorio Kling.

—Vengo señor Kling, a pedir a usted una explicación...

—Usted dirá...

—Deseo saber qué significa su informe de que mi arrendamiento de los terrenos de Red River termina dentro de dos semanas?

—Quiere decir... lo que dice, Benedict. Yo



*...se disparó un tiro a las sienes, quedando
muerto en el acto*

he solicitado la prórroga a mi nombre para cuando la concesión expire.

—¿Y usted, Kling, usted, mi hombre de confianza ha hecho eso?... ¿No me dijo que, según mi deseo, pediría para mi una renovación de cinco años?

—Es verdad que le había prometido eso pero...

—¿Pero qué?

—Ya me he cansado de trabajar **para usted**.

—Parece mentira esa falta de formalidad en usted, Kling.

—Pues no le extrañe, Benedict, pues ya es cosa hecha lo del Consorcio Maderero... Juan Bradford me ha anticipado dinero sobre esa explotación.

—¡Incomprensible! — exclamó Anselmo Benedict.

—Le explicaré, Benedict, usted ya tiene muchos años..., y es lógico que se retire para dejar el campo a la gente nueva.

El anciano Anselmo Benedict, indignado ante tamaña bofetada, agrabada por la ingratitud que envolvía aquella acción villana, pues Gregorio Kling había sido uno de los hombres de confianza, salió indignado del despacho de su flamante competidor y enemigo, y se dirigió a casa de su socio-comanditario, el millonario Juan Bradford, en cuya cuantiosa fortuna comanditaba las grandes operaciones madereras en Noroeste.

—¿Qué tal mi buen señor Benedict?

—Voy a entretenerle muy poco tiempo, señor Bradford... He sabido que sostiene usted económicamente a Gregorio Kling.

—Hombre sí. Su concesión sobre esos bosques está para terminar. Usted ha abandonado su opción a la prórroga, y yo apoyo económicamente la que Kling solicita.

—Kling me ha arruinado, y mis amigos pendientes no suplen la pérdida. Yo tomé un préstamo importante, creyendo que aún tenía cinco años para desenvolverme.

—La nueva concesión a nombre de Kling—

replicó friamente el señor Bradford—y transférida a mí, está ya en mi Caja. Lo demás sólo a usted importa, señor Benedict.

Y mientras Juan Bradford y Anselmo Benedict discuten agriamente esta enfadosa cuestión, volvamos a casa de Gregorio Kling, antiguo hombre de confianza de Benedict, abandonada poco há por éste.

Se hallaba en intrigante Kling trabajando en su despacho, cuando penetró un ordenanza, anunciando:

—¡La señorita, Mary Benedict!

—Que entre.

Kling sonrió con aire de satisfacción y de triunfo, se arregló la corbata y esperó con ansia.

Mary, la hija única de Anselmo Benedict, es una muchacha lindísima, de veinticinco años, enérgica y pundonorosa.

Como vamos a ver, ella es el eje del conflicto que tan de repente se ha suscitado contra su padre.

—Beso a usted la mano, señorita Mary.

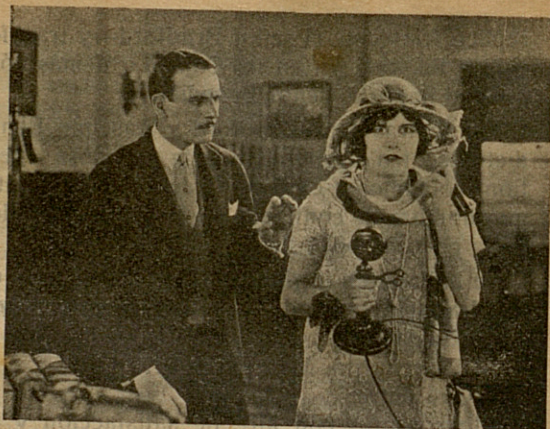
La joven, sin sonreír, hizo una pequeña inclinación de cabeza y preguntó:

—¿No ha estado aquí mi padre?

—Sí, ahora mismo acaba de salir; me ha dicho que se iba a casa de Juan Bradford.

—Hace días veo preocupado a mi padre, y no vivo de inquietud.

—Mary, le seré franco. Yo intenté repetidas



*...oyó una detonación y el ruido de un
cuerpo al caer*

veces llegar a usted para explicarle lo que ocurría; pero fué inútil.

—Es que nunca le creí a usted capaz de trabajar contra mi padre. Si esta su actitud obedece a lo ocurrido entre nosotros...

—Su padre y yo, querida Mary—interrumpió Kling—, somos rivales en negocios; pero esta enemistad puede cesar con una sola palabra de usted... Tuvo la felicidad de su padre entre sus manos... y la dejó escapar, rompiendo nuestro compromiso.

Mary reflexionó unos instantes y luego re-

plicó, queriendo dibujar su labio una sonrisa:

—Entonces no estaba segura de mi amor por usted... tal vez ahora...

—¡Acabe, Mary amada! —suplicó Kling, acercándose a la joven con un arrebato amoroso—. ¿Se casará usted conmigo?

—Ante todo pare usted el golpe que se cierne sobre la cabeza de mi padre.

—Aun estamos a tiempo. Telefoneémosle.

Gregorio Kling se puso en el aparato en comunicación con Bradford:

—¿Amigo Bradford?... Soy Kling... ¿Está ahí Anselmo Benedict?... Dígame que se ponga en el aparato... ¿Qué?... ¿Anselmo Benedict?... Soy Kling... Su hija está aquí... sí... Mary ha prometido ser mi esposa y si usted consiente todo puede conciliarse...

—No, no—responde Benedict—. De modo que me confié a un desleal, a un traidor... ¡Usted me ha estafado y ahora... No, no, mi hija no será de usted! ¡Prefiero verla muerta!...

Kling se volvió a Mary y le dijo:

—Póngase usted en el aparato, a ver si usted le puede convencer.

Mary agarró el auricular y saludó a su padre, mas apenas hubo abierta la boca que éste le dijo:

—¿Eres tú, Mary?... Sólo debes saber una cosa: que tanto Kling como Bradford han sido dos infames que me han llevado a la ruina... Kling, sobre todo, me ha estafado, después

de haberme hecho traición!... Mary, estoy tan desesperado que la vida me estorba...

Mary Benedict no oyó más... Mejor dicho, oyó una detonación y el ruido de un cuerpo al caer desplomado.

¿Qué había pasado?

Anselmo Benedict se hallaba telefoneando de pie, ante la mesa escritorio de Bradfor, cuyo cajón central se hallaba abierto, y en el que Benedict había visto un revólver cargado.

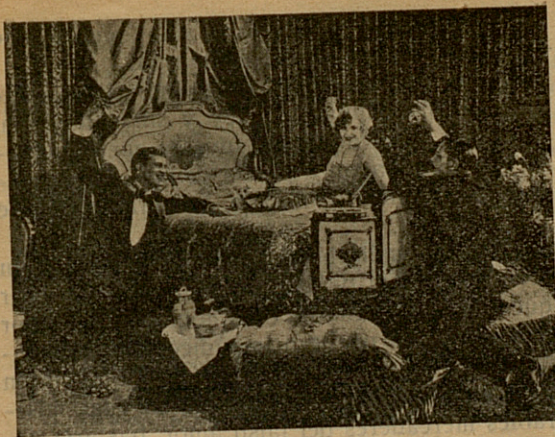
Mientras hablaba con su hija empuñó, disimuladamente, el arma, sin que Bradford se apercibiera, y se disparó un tiro a las sientes, quedando muerto en el acto.

Mary tuvo un horrible presentimiento al oír el disparo y corrió apresuradamente a casa de Juan Bradford.

II

En una lujosa morada, templo del placer, del lujo y la molicie, vive una mujer mundana, Tina Van Cortright, una de las lindas mariposas del placer del Broadway, una vampiresa de las bolsas ajenas.

Tina Van Cortright es tan hermosa como perversa.



En una lujosa morada templo del placer

En el momento en que trabamos conocimiento con ella, se halla tumbada boca abajo, a través de su lecho, semidesnuda, teniendo a su lado una caja de bombones abierta, a sus pies, cinco o seis aristócratas moscardones, que sólo logran de ella un chocolatino, una sonrisa o, a lo más, un beso, a cambio del permiso de registrar sus abultadas carteras que ella aligera en su provecho.

De pronto se abre la puerta, y la criada, una muchacha tan linda como su ama, anuncia:

—¡El señor Bradford!

Al oír este nombre, la mundana salta de la cama y dice a sus adoradores:

—¡Marchaos en seguida, sino queréis que yo pierda mi abono del Restaurant.

Como fieles corderitos, los imbéciles esclavos de una hembra sin ley y sin conciencia, obedecen y se van molestados de que el juguete que ellos pagan a precio de oro, sirva también para divertir a otro, preferido porque paga mejor...

¡Oh, "animalis homo", que te rebajas a un nivel inferior al de los irracionales!... ¡Y decir que con lo que uno de esos hombres lanza por una sonrisa o un beso impúdico de una hembra pecadora, verdaderos capitales que sirven para construir el templo de oro de esas miserables mercaderes del falso amor, bastaría para calmar el hambre y secar las lágrimas de tantísimas mujeres buenas y niños abandonados!... ¡Ah, el hombre-bestia, hidibrio del género humano, qué torpe eres!

La linda criadita de la pecadora cubrió las carnes nacarinas de su ama con un valioso abrigo de pieles. Tina, entre tanto, ordenó a su doméstica, cuando los amigos de aquélla hubieron desaparecido por una puerta secreta:

—Hazle entrar... Mas, en seguida, traes las cajas de los sombreros que compré ayer, las alhajas que me han traído hoy y los vestidos que acaban de dejar de casa del modisto... ¿Comprendes?

—Sí, señora, sí... Descuide... Se trata de que el señorito Bradford pague todo esto, ¿no?

—Eso es.

Raimundo Bradford, el hijo del millonario a quien ya hemos presentado al lector, es un muchacho de veintiocho años, muy guapo mozo, criado en la molicie, tan apto para malgastar el dinero, como inepto para ganarlo, porque su infancia se mecía en el regazo de la molicie.

Llegó al dormitorio de Tina. Y ésta avanzó hacia él con los brazos abiertos, con una sonrisa en los labios y un destello de deseo en sus ardorosas pupilas.

—¡Oooh!, mi amado Raimundo... ¡Mi lindo chuchito!... ¡Mi vida!... ¡Cuánto has tardado, cariñito mío!... ¡Te he esperado tan sola y aburrida!... ¡Entras tú y entra la felicidad en esta casa, la felicidad y el bienestar!

—Señorita—interrumpe la criada de ojos de malicia, llevando en sus manos cuatro enormes cajas de sombreros:

—¡Han traído esto de la casa Richards!

—¿Traen la factura?

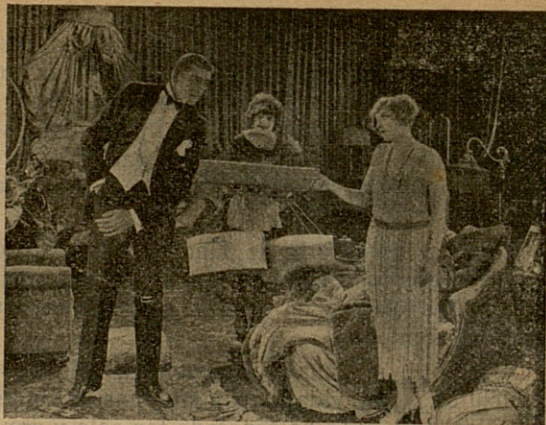
—Sí, señorita.

—Bueno... Bradford—ordena Tina con desparramo—, págala.

Este lo ejecuta en el acto.

—¡Ah!, Raimundo—le anuncia la vampiresa—. Me han traído el abrigo de pieles; ya verás que maravilla, querido...

Después de un beso y media docena de carantoñas, Raimundo Bradford paga 179 dólares por el abrigo, 50 dólares por cuatro sombreros,



—*Dame, dame ese dinero*

200 por dos vestidos, y después de estos desembolsos hechos con una sonrisa en los labios, la lagartona, al ver en manos del hombre cuyo dinero ambiciona, un fajo de billetes de a mil dólares, le dice:

—Dame, dame ese dinero... Yo lo guardaré. No consiento que te lo gastes conmigo esta noche.

Y, sin más requilarios, Tina agarró los billetes, entregó uno al joven y guardó los otros, unos siete billetes de a mil dólares que Bradford no debía ver ya más.

Dejemos a la bestia humana refocilarse en

el ciento, buceando entre la inmundicia como viles gochos y vayamos a ocuparnos de la huérfana Mary Benedict.

III

Resuelta a no ser víctima de ajenas codicias, Mary quiso recoger los fragmentos dispersos de los negocios de su padre.

Se presentó Mary en casa del que había sido comanditario de su padre, Juan Bradford, pues quería enterarse de la situación económica del difunto autor de sus días.

El millonario recibió a la joven con gran amabilidad.

—He venido—dijo Mary—a saber lo que ocurrió entre mi padre y usted.

—Kling vendió a nombre suyo la concesión de los terrenos de su padre de usted, y yo di los fondos para esa operación.

—¡Operación!—exclamó la joven meneando la cabeza con aire de burla—. ¡Qué nombre más suave dan ustedes al robo! Porque sepa usted que Kling robó a mi padre, y ambos, usted y él, fueron la causa de su muerte...

—¡Sin embargo...!—quiso excusarse Bradford.

—No en vano sospeché de su maldad—in-

terrumpió Mary—. Usted fué para mi padre un reptil venenoso. ¿Qué le importaban, ante los viles dólares, el honor y la vida de un hombre?

—Piense usted lo que dice, joven.

Mary, impertérrita, prosiguió aún más enérgica:

—Pero aún me quedan dos semanas de derecho sobre estos terrenos, y lucharé contra ustedes. ¡Dios velará por mí!

Bradford sonrió y replicó:

—¿Y usted, Mary, una débil muchacha, espera triunfar donde fracasó su padre? ¡Qué ilusión!

—Al menos, daré a su vileza la ocasión de aplastar a una mujer, como antes ha destruido la vida de un anciano. ¡Adiós! ¡Nos veremos frente a frente!

—¡Nos veremos!

Y Mary Benedict salió con la cabeza erguida del despacho de Juan Bradford.

IV

Aquella misma tarde, en casa del millonario Bradford, éste se halla frente a frente con otra mujer, muy distinta de Mary. Oigamos el diálogo:



Y entonces empezó una lucha terrible

logo, y por él colegiremos la importancia de la entrevista.

—La he llamado, señorita, para que hablemos francamente, con toda sinceridad.

—¡Hablemos! Ya le oigo — contestó Tina Van Cortright.

—Usted habrá leído, sin duda, esta información, interesante por lo escandalosa.

Y al decir esto, el señor Bradford alargó a Tina un periódico, en el que se veían las efigies de Raimundo Bradford y de Tina Van Cortright y debajo de aquellos grabados, este texto:

"El hijo de un millonario va a casarse con una divorciada. Se murmura que Tina Van Cortright, demandada en un tercer caso de divorcio y reciente, tendrá su tercer marido en Raimundo Bradford, hijo único del célebre financiero.

"El joven Bradford es el ídolo de oro de todas las muchachas que frecuentan los centros de diversión que aquél frecuenta."

Cuando Tina hubo leído este suelto se echó a reír a carcajadas y exclamó:

—¡Bah! No haga usted caso, señor Bradford. ¡Murmuraciones de la prensa!...

—Debemos acabar de una vez, señora... Es necesario que cese inmediatamente toda relación de usted con mi hijo. ¿Qué precio pone usted a esa ruptura?

Tina quedó pensativa durante unos instantes. Ella, como las mujeres de su jaez, no amaba a nadie; pero no despreciaba la proporción de unirse matrimonialmente con un joven guapo y rico. Ahora se le presentaba la ocasión de lograr el dinero sin necesidad de esclavizarse con los lazos matrimoniales, y no iba a despreciarla.

Pensando estaba Tina Van Cortright en la cantidad que podía pedir, cuando penetró en el salón Raimundo Bradford.

Tina, al verle, fué hacia él, y con mentida pena, le dijo:

—Ya ves, Raimundo... ¡Tu padre quiere pagarme tu libertad..., comprar mi cariño!

—¡Yo amo a Tina, papá!—exclamó Raimundo con sincero acento—. ¡Te lo juro!...

—Tú verás de qué la mantienes. Hasta ahora, yo no he hecho más que pagar facturas tuyas... Por cierto que he sabido que has falsificado mi firma en algunos cheques... Y todo para mantener el falso amor de una aventurera que no busca más que tu oro...

Al oír esto Tina hizo un gesto de desprecio y salió de la habitación. Raimundo fué tras ella, y le dijo:

—No hagas caso, amor mío.

—¿Tu amor? ¡Sí que eres cándido! ¿Para qué quiero yo tu amor, si se acabaron los cheques?

Aquel latigazo hizo caer las escamas de los ojos de Raimundo... Aquella mujer sólo había querido su dinero.

Entretanto, Mary Benedict, después de haberlo consultado con un hombre de leyes, halló el medio de burlar los manejos criminales de Gregorio Kling y Juan Bradford. La cláusula 24 del contrato facultaba a renovar su concesión sobre los terrenos de bosque por un período de cinco años, con tal de que dicha inscripción se hiciera antes del 25 de julio de 1925.

Como aún faltaban tres fechas para la indicada, Mary pudo hacer la inscripción en el Registro antes de la fecha indicada.

Y la hija de Anselmo Benedict se puso al



La lucha era despiadada, homérica

frente de la industria de su difunto padre. La vemos con vestido masculino recorrer los bosques de árboles centenarios, contratar a los obreros, dando órdenes, distribuyendo el trabajo.

Pero en toda aglomeración de obreros siempre hay alguno que se aprovecha de cualquier circunstancia para crear conflictos.

El mismo capataz de la Compañía Madera de Red River fué quien, bajo mano, creó un ambiente contra Mary, figurándose que la debilidad de una mujer echaría al trate la industria con la que aquél pensaba quedarse.

El capataz se presentó en las oficinas de la Compañía, y dijo a Mary:

—Señorita, creo que nos hallamos en puertas de un gran conflicto... los obreros...

No terminó la frase, pues en el mismo instante un grupo de trabajadores, en actitud hostil, se presentó ante la puerta de las oficinas. Uno de los obreros se avanzó, y, en nombre de sus compañeros, dijo:

—Queremos nuestro salario... y nos iremos. ¡Aquí no queremos estar a las órdenes de una mujer!

Mary se adelantó y con energía replicó:

—Una mujer soy, pero si vosotros fueseis hombres, verdaderos hombres, os quedaríais aquí, precisamente porque soy mujer... ¡Al trabajo inmediatamente, o seré yo quien les haga salir de estas tierras!

Aquellas palabras bastaron para convencer a los obreros de que aquel cuerpo de mujer encerraba algo más que un espíritu femenino.

Los trabajadores volvieron a sus faenas; pero entre ellos había un áspid venenoso que buscaba la ruina de Mary Benedict: Lundine, el capataz, que está bien retribuido por el despedido Gregorio Kling.

V

Llegó a manos de Mary Benedict un periódico y llamóle la atención este original anuncio:

"Necesito un empleo.—Perfecto físicamente, pero inexperto, necesito alguien que me guíe, y deseo darme en arrendamiento por la manutención.—**Raimundo Bradford.**—Agencia de Colocaciones, 546.—Avenida Franklin, Chicago."

El anunciante era el hipo del hombre que pudo salvar a Benedict con un solo rasgo de su pluma... ¡y no lo hizo!

Una ráfaga de venganza agitó su mente. "Recibiré al hijo de mi enemigo", se dijo, "en mi compañía y ejercitaré mi venganza."

Una semana después, rendidos alma y cuerpo, disgustado de la vida, sin experiencia para el trabajo, vestido de trabajador, Raimundo Bradford empezó a trabajar en la Compañía Maderera de Red River.

Dura había sido para Raimundo la iniciación: diez horas diarias de faena rudísima, que llagaba sus manos, bajo las injurias y amenazas de un capataz sin entrañas.

Sin embargo, la pena causada por el desafecto de Tina, había sido tan grande, su he-



Digale a ella, que V. ha mentido.

rida era tan profunda, que lejos de su casa lo soportaba todo.

Lundine, el hipócrita capataz, vió en el recién llegado al hombre que necesitaba para ser como la cabeza de turco, tras la cual ocultaría todos sus crímenes.

En pocos días, se habían roto tres sierras al talar los árboles: una mano criminal clavaba en los inmensos troncos grandes clavos, que desmochaban las hachas y despuaban o rompían las sierras.

Lundine que era el verdadero autor de aquellos criminales manejos, se quejaba amarga-

mente a Mary Benedict, de que entre los obreros había un traidor y que éste no podía ser otro que el vago admitido días antes. Mary se indignó injustamente contra el aristócrata.

Y, sin embargo, Ludine continuaba entendiéndose con Gregorio Kling, maleando a los obreros y laborando la ruina de Mary Benedict.

Por cierto que aquel mismo día Raimundo Bradford oyó esta conversación de Lundine con algunos de sus subordinados que le comprometía mucho:

—Debéis clavar clavos a todos los árboles que deban ser talados por Raimundo Bradford. Procurad trabajar lo menos posible para que el envío de la casa Maynar no se pueda hacer esta semana, así Mary perderá el crédito...

Imbuída la propietaria de la Compañía Maderera por Ludine, hizo llamar a Raimundo Bradford. Acudió éste a las oficinas.

—¿Me ha llamado usted?

—Sí—contestó Mary con la faz severa—. Cuando, por la sinceridad de su anuncio, traje a usted aquí, no sospeché que pudiera ser un malvado.

—¿Qué he hecho yo para que así se me insulte?

En aquel momento, Ludine se presentó en las oficinas, y Mary le preguntó:

—¿No me dijo usted que este hombre era el que inducía a la rebelión a los otros?

—Así lo dije. Y juraría que es él quien pone en los troncos los clavos.

—¡No sé de qué me asombro! —insultó Mary—. ¡Es usted digno hijo de Juan Bradford!

Raimundo rugió de rabia y ya iba a contestar descubriendo los manejos del capataz, pero éste le tomó la delantera, diciendo a Mary:

—Sublevados por Raimundo ahí fuera esperan más de cincuenta trabajadores que se me han insubordinado.

—¡Mientes, canalla! —exclamó Bradford—. Y si quieres salir, te lo demostraré.

Lundine, un hombre de un puño de hierro, era el terror de la región. Todos los que se habían afrontado con él habían sido puestos knock-out.

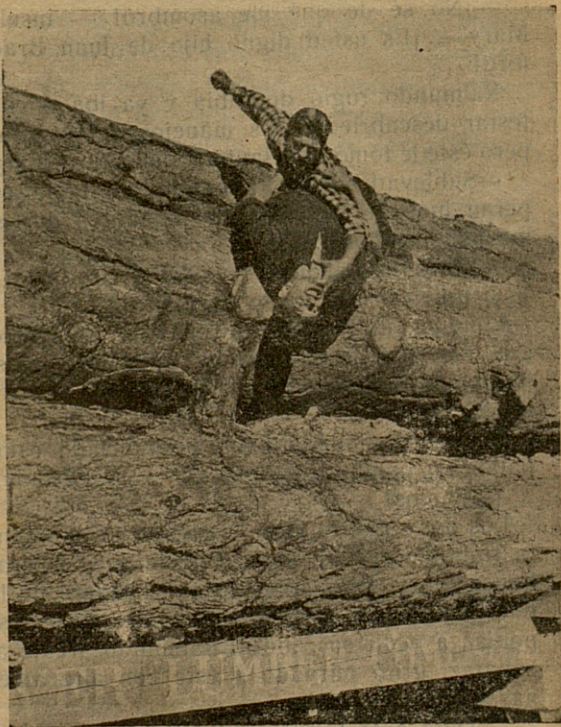
Cuando Raimundo hubo pronunciado estas palabras, Lundine aceptó el reto y exclamó:

—¡Vamos!

Los dos salieron. Ante la puerta, unos sesenta trabajadores, en actitud levantisca, esperaban a Mary. Esta apareció en el marco de la puerta y cuando los exaltados obreros se disponían a pedir su cabeza, Raimundo, frente al capataz, gritó mirando a éste con aire amenazador:

—¡Digo ante todos que Ludine es un miserable calumniador!... Defiéndete, Ludine, porque te voy a aplastar como a una víbora.

Por toda contestación, el irascible capataz, dió un puñetazo bajo a la mandíbula a Brad-



Y ambos, encima de los enormes troncos, iniciaron una lucha cuerpo a cuerpo

ford, el cual dió una vuelta sobre sí y cayó; mas levantóse rápidamente y le devolvió el golpe con un directo en mitad de las narices que hizo recular seis pasos a Ludine. Y entonces empezó una lucha terrible, revelándose el que hasta entonces todos habían creído como un joven tímido y cobarde, como un pugil de primera fuerza, que tuvo durante más de media hora a raya al mejor boxeador de la comarca. Al ver Ludine que con la boxa inglesa no podía ganar a su adversario echó mano sucesivamente de la lucha grecorromana, de la boxe americana y francesa; pero todo era inútil: Raimundo Bradford era un atleta de primera fuerza.

La lucha era despiadada, homérica. Los combatientes se revolvían en el suelo, se incorporaban, se levantaban, se lanzaban como hienas el uno contra el otro con furia insana y con ansias de destrucción.

Por fin, Raimundo Bradford, que estaba aún con todo su poder después de más de treinta minutos de lucha terrible, propinó al capataz un "hipercut" que lo dejó "knok-out", con gran admiración de los obreros y de Mary.

Más de diez minutos tardó Ludine en volver en sí. Cuando lo hizo, Raimundo se acercó a él y con aire de autoridad le ordenó:

—¡Dígale a ella—y señaló a Mary—que usted a mentido, o morirá a mis manos!

Primero se negaba el capataz; pero el temor

de los puños de acero del aristócrata le hizo confesar ante todos que él era el traidor.

Los obreros iban a lynchar al caído; pero Raimundo lo impidió y lo despachó de la Compañía Maderera.

Media hora más tarde, Raimundo fué nombrado capataz y al hacerlo Mary le dijo.

—Perdone mi yerro, Bradford... y gracias por la aclaración. La necesitaba... para no seguir siendo injusta.

Con Raimundo Bradford, sustituyeron al traidor Lundine en el cargo de capataz cayeron bajo el hacha los árboles gigantescos, las máquinas poderosas entonaron la canción del trabajo fecundo... y lució para Mary Benedict el sol de la victoria y de la prosperidad.

Pero los enemigos de la joven laboraban en la sombra. Gregorio Kling y el derrotado Lundine tenían entre los trabajadores cómplices de sus manejos criminales a sueldo, quienes debían impedir que la última carga del contrato Maynal se malograra.

El tren estaba ya cargado y debía partir dentro de una hora. Los traidores, según el plan preconcebido de antemano por Lundine, debían adelantar la salida, antes de que maquinista y fogonero llegasen para posesionarse de la máquina. El mismo Lundine debía subir a la locomotora, agitar el propulsor para ponerla en marcha a gran velocidad y saltar del tren; entre tanto sus satélites debían colocar una bomba en un puente para hacerlo volar

segundos antes que el convoy llegase. Este se precipitaría al río: y el mal triunfaría.

Este era el plan. ¿Se cumpliría? Sí, en parte; pero en él purgarían sus crímenes algunos de sus factores.

Hallábanse Mary y Raimundo hablando cuando ambos se apercibieron que el tren partía disparado antes de la hora señalada.

—¿Qué es eso?—preguntó Mary—. ¿Quién ha dado la orden de partida?

La respuesta la dió uno de los obreros adictos a Mary que acababa de sorprender una conversación de dos de los traidores.

—¡Señorita! —dijo jadeante el obrero—. ¡Tratan de hundir el tren haciendo saltar el puente!

Raimundo comprendió la magnitud de la catástrofe y que sólo un rasgo de intrepidez temeraria podría librar al convoy de los planes de destrucción. Y, sin pensarlo más, montó a caballo y por el atajo—pues la vía ferroviaria daba un gran rodeo para atravesar un cerro—corrió para atajar el tren. Mary partió también a caballo, por el mismo camino.

Antes que el convoy, llegaron a un lugar por donde debía pasar aquél, y situándose en un lugar preeminente, saltaron a uno de los vagones.

En aquel momento Lundine se disponía a saltar del tren; pero no pudo hacerlo, porque Bradford se arrojó sobre él y ambos, encima de los enormes troncos iniciaron una lucha

cuerpo a cuerpo mucho más terrible que la que había tenido lugar días antes.

Había que ver a aquellos dos hombres, sobre un vagón de un tren a gran velocidad, luchando cuerpo a cuerpo con saña mortal.

No luchaba una malquerencia momentánea y sin raíz, sino un odio ciego, gestado largamente en las almas.

Era el epílogo de una lucha entre el genio del mal y la bondad.

Al ver a Bradford arrojarle contra el malvado Lundine, diríase que algo inmaterial anima al joven aristócrata... ¿Será acaso el amor de Mary?

La lucha proseguía ruda, sin cuartel, hasta que el malvado Lundine quedó sin conocimiento... Y el tren corría... corría. Ya llegaba al puente... Se oyó una terrible explosión; el puente voló por los aires y un segundo después un horrible estruendo repecutió por aquellos vericuetos... El tren se había precipitado en el río.

Entre los inmensos troncos que flotaban en el agua, dos personas se debatían con vida en el río: Mary y Raimundo.

Este vió a la hermosa propietaria de la Compañía y nadó hacia ella, llegando a tiempo para salvarla.

Y al lucir el nuevo día, dulcificada Mary por el mismo sentimiento que embargaba el corazón de Raimundo, nombró a éste Gerente

de la Explotación; el joven Bradford tenía lo que hace fuerte al hombre: voluntad.

Quizá un sentimiento más íntimo guiaba la determinación de la señorita Benedict.

Días después preentóse a Mary el millonario Juan Bradford y dijo a la joven:

—Gregorio Kling mintió unos derechos que no tenía a las tierras de su padre, y yo vengo a pagar a usted, señorita Benedict.

—Tendrá usted que entenderse con mi gerente, en cuyas manos está la dirección de mis asuntos.

—Antes se administraba usted bien sola.

En aquel momento se presentó Raimundo, el hijo del millonario...

—Este es mi gerente.

—¿Cómo?... ¿Tú?...

—Sí, juntos con Mary hemos luchado y juntos lucharemos... Si ella quiere ser mi esposa.

—¡Bien, hijo mío!... Toda mi fortuna no vale para mí lo que la dicha de ver que eres un hombre.

Y Juan Bradford tomó entre las suyas las manos de los jóvenes y las unió diciendo:

—Sed felices. El amor destruye las diferencias creadas por el odio.

FIN

El amor en verso

POESÍAS PARA POSTALES

PARA ELLAS, PARA ELLOS
Y PARA TODOS

Discreteos, declaraciones,
confirmaciones, esperanzas,
realidades, pesadumbres,
alegrías, rencores y celos

Felicitaciones de Santo,
cumpleaños y año nuevo

— por —

Diego de Marcilla

Es un elegante tomo de noventa y seis
páginas en rico papel

Cubiertas artísticas en tricolor

PRECIO: UNA PESETA

003 BIL (86)

ORATORIA EN VERSO

PARA BANQUETES
BODAS Y BAUTIZOS

DEDICATORIAS, ENHORABUENAS,
BRINDIS, INVITACIONES, ETC., ETC.

por

DIEGO DE MARCILLA



PRECIO LE CADA TOMO DE

UNA PESETA

